



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

El hombre-león.

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ

Epigramita.

GONZALO CANTÓ

«La mejor de Castilla» ó más vale maña...

EDUARDO MONTESINOS

El microscopio.

EL CONFESONARIO

Artículo de MONTES II

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Por esos mundos de amor.

UN PEQUEÑO REPORTER

La semana picaresca.

ANTONIO RAMOS MARTÍN

Sin importancia.

BLAS ORTEGA

La contraseña.

FÉLIX RECIO

Nuestras cocotas.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, ALEIXANDRE y ALFONSO

Caricaturas y retratos de La Goya,
Julia X, Montes II y otros dibujos.

AURORITA, «LA GOYA»

«Nuestra» tonadillera, la primera de todas, que,
con motivo de su reaparición en Lara, es estos días
la mayor actualidad...

5 cénts.



POR CULPA DE LOS VIERNES DE JESÚS
VA Á MORIR «SERVIDOR» DE UN PATATÚS

Por lo que dije en el pasado número, más de un «tariufo» siéntese antropófago; tal me amenaza con roerme el húmero, cual con hacerme trizas el esófago.



«¡Voy á cortar e á usted los adminículos... creadores—escíbeme un fanático—, y á rebanarle á usted los dos... ventrículos y á beberme su jugo... pancreático!»



«¡La nuez voy á mascarle, por herético —me anuncia un neo en tono apocalíptico—, y á hacerle glucosúrico ó diabético... para que no las dé de sicalíptico!»



«¡Mucho ojo con la pléyade apostólica, pues quieren darle por detrás un pápirotazo—me advierte una gentil católica—, como lo harán, si usted es un gahnápirol!»



Y así, con frases á cual más ridículas, se ensañan contra mí los «eucarísticos», ¡y de mi corazón las dos aurículas paralizar pretenden los muy místicos!



A mí esos desahogos no cohíbenme] ni tanto así, menguados energúmenos, porque de sobra sé que los que escribenme son una especie de... *Heautontimorúmenos*.



¿Sabéis lo que hago yo con las epístolas vuestras, oh desalmados «eucarísticos»? Pues las llevo á un lugar donde revístolas de ciertos caracteres... cabalísticos.



No os metáis, pues, con la legión plumífera, de quien decís que es deshonesto y lúbrica; ni coartéis su inspiración ignífera con cobardes epístolas... ¡sin rúbrica!»



Porque ¡á ella, *plin!* Ni vuestras cartas há-
[cénle
callar, ni vuestros gritos de energúmenos ceder... Por el contrario, satisfácenle vuestros rencores y odios, ¡¡catecúmenos!!



¿Quién os manda leer tales periódicos, —¡oh bestias (con perdón) apocalípticas!— puesto que os dan ataques espasmódicos estas publicaciones SICALÍPTICAS?»



Dedicáos no más á lo litúrgico, según lo exige vuestro ardor ascético; pero no entréis en el redil «panúrgico» de este rebaño, á quien tildáis de herético.



Y, en fin, dejáos de escribirme epístolas incluseras y anónimas ¡oh místicos!», pues todas esas cartas de «eucarísticos» las llevo á aquel lugar donde revístolas de ciertos caracteres... cabalísticos.

Carlos Miranda.

LA MEJOR DE CASTILLA

ó

MÁS VALE MAÑA...

HABÍAMOS acabado de cenar en casa de un amigo solterón, que los miércoles sienta á su mesa á unos cuantos Tenorios y Mejías, gente joven, decidora y bullanguera, cuando de pronto recayó la conversación sobre lances cómicos de amoríos, en los que la malicia ó el ingenio desempeñaban principal papel.

Todos habían echado su cuarto á espadas, menos yo, que permanecía callado como el propio «Comendador de Ulloa», y notándolo el anfitrión, dijo, encarándose conmigo: —Pero, tú... ¿No cuentas nada?

—¡Pisth!... Algo podría contar; pero creo que todas esas historias galantes no pasan de ser cuentos, más ó menos donosos; cuentos que he escuchado con gusto, y en los cuales el protagonista corre á cargo de un varón, cuando estoy seguro de que en el campo femenino hay más picardía, más travesura para vencer la fortaleza de ánimo del hombre.

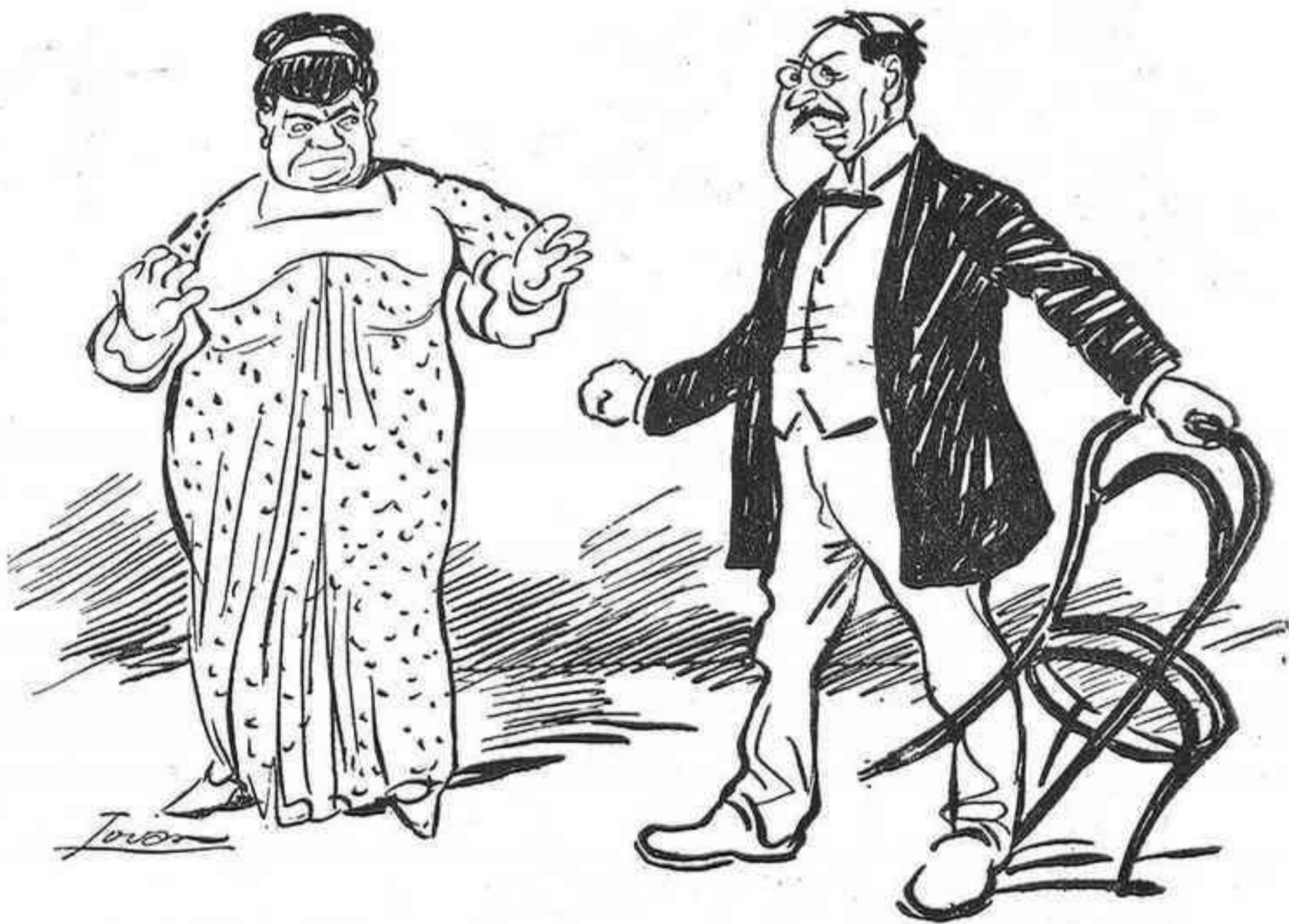
Recuerdo cierto caso, del que fuí testigo á medias, en un poblacho castellano, «de cuyo nombre no quiero acordarme».

—Cuenta, cuenta—dijeron todos á la vez.

—Vais á saberlo, y podréis juzgar la maligna picardía de la mujer, de ese sexo débil, pero encantador y bello, que la Naturaleza nos deparó para delectación y suerte nuestra.

Asuntos profesionales me llevaron á ese pueblo de Castilla, pueblo en que predomina el más acendrado amor al trabajo; pero sí

también el aburrimento y el tedio, pues desde el primer instante se adivina esta condición en la tranquilidad plácida de sus moradores y en la quietud monacal de su ambiente, nunca turbado por el menor ruido que diera indicios de vida, de luchas, de ese *algo* que flota en el ambiente de las poblaciones



- ¡Ajo! Hace media hora que estoy llamando al criado y no parece.
 —Le he mandado yo á la calle. ¿Te enteras?
 —¿Y por qué le has mandado tú?
 —¡¡Por huevos!!

andaluzas, bañadas de continuo por los rayos de un sol coruscante y mirífico.

Llegué ya cerrada la noche, y me hospedé en la única é incómoda fonda, siendo recibido por los dueños con las naturales consideraciones que se deben al que, como llovido del cielo, de vez en cuando tiene la ocurrencia lamentable de pernoctar en *La mejor de Castilla*, título que pomposamente ostenta el figón en el frontis de su fachada.

El matrimonio dueño del «hotel» me hizo

el efecto de una pareja... que ni de baile. Ella, de treinta y cinco años, alta, esbelta, de pechos abultados y erectos, tenía, en total, un cierto encanto en toda su persona que la hacía por demás apetecible. El, de cuarenta años, era un tipo vulgarote é inexpressivo, alto, enjuto como varal de sarmiento, de pa-

EFFECTOS DE LA CUARESMA



—Hija, ni un alma...

—¡Señá Usebia, si tóos tienen cara de haber comido potaje!..

labras contadas, condición que contrastaba con la de su cónyuge, parlanchina con exceso.

A mi llegada tomé un refrigerio, y, por recurso, me acosté, porque no había dónde matar el tiempo á tales horas.

Al siguiente día, no bien hubo sonado la del alba, cuando me arrojé del lecho y me

dispuse á despachar los asuntos que allí me llevaron. Tal pudo en mí el deseo de no morir de hipocondría, que siendo diligente, contra mi mala costumbre, logré terminar mis quehaceres al atardecer.

Pero estaba visto que había de llevarme un recuerdo de aquel lugar, puesto que la diligencia que tenía que conducirme á la próxima estación ferroviaria, no partía hasta las tres de la madrugada, y aburrido me eché en un sofá de mi cuarto, no sin dejar previamente de encarecer la necesidad de que me llamaran una hora antes de la partida, para el caso probable que me durmiera.

Efectivamente; ya empezaba á sentirme acariciado por Morfeo, que poco á poco me iba aprisionando entre sus brazos, cuando del cuarto contiguo partieron unos ayes de mujer, que me hicieron despertar sobresaltado, consiguiendo, por último, desvelarme del todo, dada la insistencia de los lamentos medio ahogados que parecían escaparse de un alma dolorida que se quejara de estar prisionera en un cuerpo fresco aún y lozano, pero inerme.

—¿Se habrá puesto en la posadera?— exclamé para mi coeto. —Sí, es ella la que se queja tan aflictivamente... ¿Qué le ocurrirá? ¡Me he divertido si esos ayes continúan!.. ¡Buena noche toledana me espera!

Y así sucedió; siguieron las lamentaciones de la posadera, á la que supuse repentinamente indispueta; lamentos que, aunque apagados, se dejaban oír con claridad en el silencio de la noche.

De pronto escuchóse la voz del marido, que decía, incorporándose en la cama:

—¡María!... ¡María!... ¿Qué tienes?

—Nada... que estoy muy mala... muy mala...—contestó la mujer.

—¿Quieres que me levante y te haga una taza de té?... La hago en seguidita, y ya verás cómo te prueba...

—No... no te levantes, déjame, estoy muy mala... mucho...

—Pero calla, mujer, que no dejas descansar á nuestro huésped, de quien sólo nos separa un tabique más delgado que una oblea.

Este diálogo, á media voz, me dió á conocer que el matrimonio dormía separado.

—¡Menos mal!—pensé, respirando fuerte.

Calló la liviana mujer, y cuando creía poder conciliar el sueño, volvieron á oírse, más prolongados que antes, los mismos ayes y suspiros.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

—¡María!... ¡María!... ¿Otra vez?... ¿Qué tienes?

—No sé... una desazón... una intranquilidad... estoy muy mala... muy mala...

—¿Quieres que te haga una taza de cualquier cosa? Eso te calmaría... ¿Me levanto?

—No... no te levantes... para eso... ¡ay, qué mala estoy!

—Bueno—dijo resignado el marido—, si no quieres que me levante, cállate, que no dejas dormir á nadie.

Hízose de nuevo el silencio, y pedí al Todopoderoso que no volviera á ser interrumpido mi sueño; pero en contra de sus designios, seguramente, tornaron á escucharse los quejidos por tercera vez, en un tono que no permitía aguardar.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!—seguía lamentándose la posadera—. ¡Qué mala estoy!... ¡qué mala!... No sé qué me sucede...

—¡Mariíta!—exclamó el pazguato del posadero con voz melíflua—, ¿quieres que me levante y me vaya un ratito contigo?...

—¡Miren, que hombrón!—agregó ya sin quejarse la enferma—. Está viendo que estoy muy mala... y aún tiene ganas de música... ¡¡Ven si quieres!!...

Inútil es decir que no quise escuchar más, que no esperé el final de la seducción en toda regla de aquel «pobre hombrón», y que sin esperar la hora del coche cogí mis bártulos y saí de *La mejor de Castilla* disparado como una flecha y más diligente que la diligencia misma que había de conducirme á la próxima estación ferroviaria.

Gonzalo Cantó.

EL MICROSCOPIO

(CUENTO FRANCÉS)

—Vamos á ver, Margarita, dirás que soy una tonta; pero quiero preguntarte desde hace tiempo una cosa y no me he atrevido.

—¿El qué?

—No lo digo.

—¡Qué simplona!

—¿Qué es un microscopio?

—¿Pero...

no lo sabes?

—No...

—¿Lo ignoras?

Pues un microscopio, es un aparato de óptica que agranda lo que es pequeño con facilidad pasmosa.

—Ahora me explico por qué mi marido á todas horas dice que mis manos son unas manos microscópicas.

Eduardo Montesinos



EL BIGOTE Y LAS MUJERES

En Francia, y entre las francesas, circula estos días una pregunta que resume todo un tratado de estética masculina: «Los hombres ¿deben usar bigote ó barba, ó bien deben afeitarse completamente?»

El *Matín* y el *Excelsior* han ido á preguntárselo á las artistas y mundanas de más renombre de París, las cuales, á estas fechas, están respondiendo cosas muy sabrosas...

En España, donde la moda de no llevar bigote comenzó y se detuvo, quedando estancada en algunos pocos escritores, la preguntita, hecha á nuestras damas, es oportuna y conveniente. Y ya que nuestros grandes rotativos son muy serios y miran con desdén y les asustan estas cosas, ni más ni menos que á los periodistas que «no dan una» de periódicos las informaciones amenas, útiles, y si se nos apura necesarias, del bravo *Duende de la Colegiata*, lo vamos á preguntar nosotros á nuestras amigas, y en breve contaremos lo que nos digan, con las tijeras elevadas sobre nuestros bigotes...

En el próximo número:

LOS AMORES DE PILAR GUERRERO



El confesionario

MONTES II



CASI es nada lo que me piden los venerables confesores de LA HOJA DE PARRA! ¡Confesión general de mis aventuras amorosas! Y, no es que no tenga cosas que contar, no: es que me costará trabajo buscar entre mis recuerdos

para dar con una nota curiosa, ya que interesante no lo sean, ¡ay!, ni para mí, que soy el protagonista.

Hecho este *paseo*, comenzaré mi confesión refiriéndoles cómo sentí el primer flechazo de ese joven banderilero que se llama Cupido.

Fué en la cama... No; ni se alarmen ustedes tan pronto. Fué en la cama de operaciones de una enfermería. Verán el lance... San-

tander; tarde alegre; mucho sol; mucha luz; mucha gente en la Plaza; muchas mujeres bonitas... Toreábamos una corrida benéfica, y yo, por mi parte, llevaba ganas de quedar como las propias rosas. Se corrieron sin incidentes los toros primero y segundo y, al llegar al tercero, el mío, un amiguito con toda la barba y con más leña en la cabeza que la que suelen repartir los del Orden en días de motín, me acaeció un percance deplorable. Llegada la hora de matar y después de una faena que la crítica encontró aceptable, lié y entré á por uvas como se entra cuando se trata de conquistar un puesto en los carteles. Quería terminar la tarde con gloria.

Pero en estos asuntos de los toros, el hombre propone y el manso dispone. Y el manso aquel dispuso no dejarme pasar y sacarme colgado de un pitón por la pierna derecha, en la que me dejó, como recuerdo, una herida de 25 centímetros...

Conducido á la enfermería, y en tanto preparaban la camilla para trasladarme á la fonda, entraron á visitarme muchos amigos, muchos curiosos, algunas curiosas y, entre ellas, una que, emocionada, lloraba... ¿Comprenden ustedes si sería grata mi primera impresión de amor?

Después de «aquello»—aquello duró poco—, he tenido otras cogidas y otros amores. De uno recuerdo que me dió al-

gunos disgustos, por tratarse de una mujer casada. Fué también en un día de toros y de suerte. Los toreros en la Plaza tenemos «todos nuestros éxitos». La «tal» era una asturiana rubia descabezante, y su marido una buena persona, noblote y manso.

En el último toro, al dar yo una vuelta al ruedo recibiendo palmas, aquella mujer me arrojó un ramo de flores y la bota de vino, con la que quebré de rodillas al toro al arrancárame bronco.



MARIANO MERINO

Después, en el hotel, recibí su visita. Quería ver de cerca el traje de luces y tocar con su mano los caireles y la seda...

¡Como maldije á los amigos que penetrando en el cuarto me privaron del gusto de que me lo tocara!

Pero, las señoras, cuando se empeñan, son tenaces. Aquella me persiguió en Madrid, en Salamanca, en todas partes...

Y yo, que tengo un miedo tremendo á los mansos, porque arrean cornadas sin permitir lucimiento alguno, sin decidirme á torear...

Para deshacerme de ella tuve que inventar un quiebro, ¡que ni los de rodillas! Pero, al fin la di bien la salida, y se fué con los cabestros.

Actualmente me camela una bailarina, morenucha, sevillana y con una carita de «date preso».

No les cuento á ustedes lo que me pasa con esa chiquilla, porque corro el riesgo de estropearme la combina. Y esto, francamente, ni el confesor me lo perdonaría.

Mariano Merino.



POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

FLOR DE LUTEÇIA

Tiene esta parisiense zalamera tales encantos para ser querida, que ha tenido de todo en esta vida... y seguirá teniendo lo que quiera.

En los teatros, palco. En la cochera, siempre un *auto*. La mesa bien servida. Ricas alhajas. Bolsa bien nutrida, y una villa, de invierno, en la Rivera.

Otra tiene en Trouville, para el verano. También tiene un tití y un galgo enano. Tiene una casa en la Chaussée d'Antín.

Tiene *toilettes* de Word y de Paquín. Tiene genio, elegancia, exquisiteces...

En fin, ¡hasta vergüenza tiene... á veces!

Joaquin Alcaide de Zafra.



SUCEDIDOS...

Un padre enseña á uno de sus mejores amigos su último hijo, recién nacido. La nodriza desnuda al pequeñín.

—¡Mira, mira!—exclama el padre entusiasmado:—este chiquillo es el vivo retrato de su madre: la misma boca, la misma nariz, los mismos ojos...

—Es cierto—responde el amigo distraído; —¡y hasta tiene también el lunarcito de las caderas!...



—Tres dones le he pedido al Cristo de Medinaceli: que el marqués me compre un automóvil, que el diputado me regale un par de pendientes de brillantes y que el Berruga siga loco por mí.

Los dos primeros me los ha concedido; pero lo otro me parece que me lo va á fallar el Berruga.

DE LA SEMANA PICARESCA

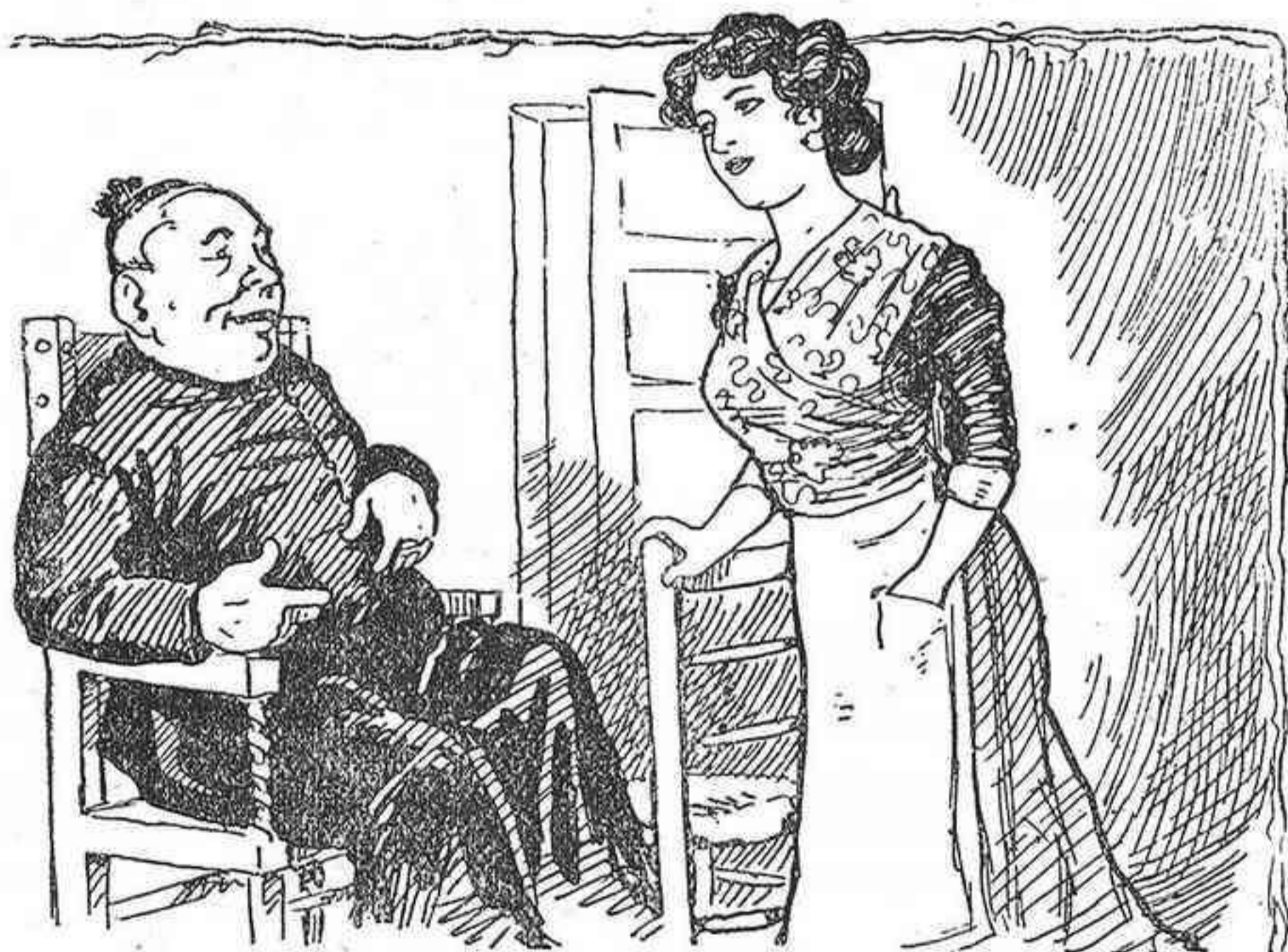
(APUNTES DE MI CARNET)

LOS carniceros, salchicheros, jamone-
ros y demás apreciables industria-
les de artículos grasientos, han de-
cidido, como habrán visto los lec-
tores de LA HOJA DE PARRA, re-
chazar el concierto que les ofrecía
el Ayuntamiento. Es decir, que en pocos
días nos hemos quedado sin dos conciertos:

Ellos declararon que no pueden resistir la
competencia que les hacen el bacalao y las
almejas, y en cambio ellas, que son prácti-
cas y conocen las corrientes modernas del
libre cambio y del libre tráfico, seguramen-
te que no se apurarían, porque saben que
son completamente compatibles en el mer-
cado el magro y la almeja, y el salchichón y
el bacalao, salvando, natu-
ralmente, los respetos
debidos á la Cuaresma.

Por más que lo del
abadejo es relativamen-
te inofensivo compara-
do con el molusco, pues
hay quien asegura que
las almejas están conta-
minadas como las os-
tras, y eso hay que to-
marlo en serio, porque
va en ello la vida, según
nos dicen los que están
tratando de tan impor-
tante cuestión.

Por cierto que el otro
día, uno de estos seño-
res que nos están amar-
gando la existencia po-
niéndonos en constante
alarma, decía á propó-
sito de las ostras en un
curioso artículo, que
para evitar que el baci-
lus Eberth se introduz-
ca en las ostras, se las
debe someter al baño,
caso en mi sentir muy
puesto en razón y que
yo creo que, sin que nos
lo digan los sabios, hace



—Diga usted, padre, anoche cené con mi novio en la Bombilla...

¿Es pecado?

—Según... ¿Hubo promiscuación?

—No, señor. . Hubo lo natural, nada más que lo natural.

el de la banda Municipal y el de los expen-
dedores de carnes.

La culpa se la han tenido nuestros ediles,
por tomar las cosas al revés. Si en vez de
dirigirse á los traficantes, se ponen al habla
con las traficantes de carnes, ya sea fresca ó
salada, á estas horas el arreglo estaba fir-
mado.

Después de todo, ellas no habían de pedir
más que ellos: la libre introducción del ma-
gro y del salchichón, y cuando no se pueda
llegar á tanto, de la modesta salchicha, por
aquello de que algo es algo.

todo el mundo... que tiene baño.

Lo cierto es que, por unas cosas ú otras,
desde que se halla en litigio si son ó no pe-
ligrosas, las ostras están baratísimas, y aun
así, no hay quien se atreva con ellas. ¡A lo
que hemos llegado!

Antes, por conseguir una hacían los hom-
bres verdaderas locuras, y ahora, solicitados
por ellas, y teniéndolas á cualquier precio,
las despreciamos olímpicamente.

¡He ahí el secreto de la desvirgización de
la raza, que tanto está preocupando á nues-
tros pensadores!

Porque habrán visto ustedes que la mayoría de los quintos que han sido reconocidos este año resulta, que ó son cortos de talla ó no dan el peso exigido por la ley. Ser corto de talla á los veinte años es verdaderamente alarmante; á esa edad no se puede ser ni corto de genio, ni corto de nada, porque, ¿á qué edad van á aguardar entonces?

Y no es sólo el peso y la altura, es el desarrollo torácico lo que también alarma á los que están estudiando este grave asunto.

—Hay muchísimos—dicen— que no llegan á tener los 75 centímetros de perímetro que se han determinado como mínimo.

Con todo esto tendremos que venir á parar en reconocer que tienen mucha razón los propagandistas del feminismo, los cuales aseguran que, á medida que la mujer sube, el hombre baja, y que no tenemos derecho á llamarles despectivamente el «sexo débil», cuando precisamente el sexo de ellas no se rinde jamás, mientras que á nosotros, por muy varoniles que seamos, ó digamos que somos, nos ocurre todo lo contrario.

Es, pues, urgente preocuparse de esto de las dimensiones, porque si nos falta en lo ancho y no llegamos en lo largo, hacemos el ridículo.

Medido el tórax de una mujer de veinte años, seguramente que arroja unos 75 centímetros, que no tienen esos mozos. Si hay quien lo dude, yo, desde luego, para converceles, me ofrezco desinteresadamente á medir tan interesante región de cuantas jóvenes de esa edad me lo pidan.

Y hago más sacrificio para dejarle completamente convencido:

Estoy dispuesto hacer lo mismo con las que pasen de esa edad y aun lleguen á duplicarla.

Así es como se resuelven esas tan arduas cuestiones:

Tete á tete.

Un pequeño reporter.

SIN IMPORTANCIA

Me entusiasma la Ramírez cuando canta el tercer acto; pero sin saber por qué, me gusta más en el cuarto.

Si quieres que te toque



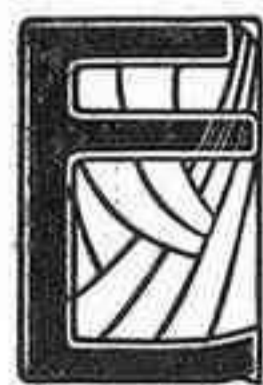
—No te impacientes, nena, que no queda más que el último toque.

—¡Ay, sí, maestro! ¡Cuidado si yo habré hecho posturas; pero ninguna tan difícil como ésta! .

la lotería,
yo te daré un consejo,
Rosa María:
juega con ese chico
que te trae loca,
y estar puedes segura
de que te toca.

Antonio Ramos Martín.

LA CONTRASEÑA



ERA un anillo de oro primorosamente cincelado y esmaltado de brillantes, esmeraldas y rubíes, rojizos y luminosos como los ojos de una serpiente encelada. Aquellas letras, artísticamente colocadas, decían: «Amor y olvido.»

que allí pudiese tener el lema «Amor y olvido»: dos palabras que resumen el prólogo y el epílogo de todas las pasiones humanas.

María me miró sonriendo.

—¿Como — dijo — no adivinas el objeto de ese anillo de oro?

—No.

—¿Ni la parte de mi cuerpo que ha de ceñir?...

—Tampoco... ¡Menos aún!...

Sucesivamente la miraba los pies, los brazos, el cuello, la cintura, la frente... y ella reía viendo la estupefacción pintada en mis ojos.

—¡Pues es — dijo — para colocármelo en la parte superior del muslo derecho, muy arriba!... ¿Comprendes?... Muy cerca de aquellas codiciables reconditeces que sólo han visto mis amigos íntimos.

—¡Vaya un capricho!

—No lo creas — repuso — puesto que los actos dejan de ser caprichosos cuando hay una razón que los abone y justifique. La historia de mis amores va siendo muy larga...

—Es cierto.

—Algunas veces encuentro individuos desconocidos que se enorgullecen de haber sido amantes míos, y se me acercan, diciendo: «María, recuerdas...» Desde hoy en adelante no sucederá esto, porque si dentro de diez ó más años se me acercase un hombre desconocido, uno de esos amantes que conocemos en noches de orgía y que al día siguiente se van sin dejar en el corazón ningún recuerdo, hablándome

de si aún conservo este anillo que tanto te admira, no vacilaré en recibirle amorosamente, segura de que el tal, una vez, por lo menos, fué muy feliz entre mis brazos.

Blas Ortega.

HACIENDO EJERCICIO



—O acortas el paso, ó declaro que no puedo más.

—Y eso, antes de subir... ¡Qué será luego!

—¡Ah, es que bajar no me cuesta trabajo!

¿Qué aplicación podía tener aquella joya?

Era demasiado grande para brazalete y tampoco servía como adorno de la cabeza. ¿Para qué, pues? Yo la revolvía entre mis dedos sin comprender, y menos el alcance

NUESTRAS COCOTAS

JULIA X

Nos conocimos de otro modo... Fué, según ella me recordaba ayer, en un hotel de San Sebastián hace tres años.

Entonces Julia vivía con su marido y se querían y se mimaban, al parecer, y siempre estaban juntos, muy cerca uno de otro.

A mí me gustaba mucho Julia, y antes de ser presentado á su marido, cuando sólo habíamos cambiado algún saludo al encontrarnos en el comedor ó en los pasillos, yo pensé proponerla, y realizar si ella quería, alguna travesura...

Días después comencé á tratar al matrimonio, y viéndoles tan unidos, tan en «matrimonio», casi me arrepentí de mis propósitos perversos.

Hace unas tardes, en casa de Lucila, una amiguita mía, que vive en la calle de Vergara, donde solemos reunirnos y «pasar el rato» chicos y chicas de buen humor, me encontré con Julia X., un poco más delgada, pero linda, gentil y con una alegría, una soltura y una gracia que no la conocía.

Mi primera impresión fué de sorpresa. Luego, repuesto, la tendí mi mano.

—Usted, Julita?

—Yo, sí, señor, yo... Le choca á usted, ¿verdad? Pues bueno, bueno, ya le contaré.

Y huyó, riendo, hacia una estancia próxima.

Rato después, solos en un gabinetito silencioso, mientras los demás contertulios jugaban al *pocker* y reían, Julita, con sus gracias de chiquilla seductora, me lo fué revelando todo.

Es una historia amarga y desalentadora, en la que se duda al señalar en el matrimonio al más culpable. ¿Julia? ¿Su marido? ¿Fué el Destino?

—Yo—me dice ella cuando concluye su relato y como si quisiera resumirle—yo pienso en ello muchas veces sin apasionamientos, que serían tontos ya, y créeme, créeme que no me considero tan culpable. ¿Qué podía hacer yo?

Es verdad... Julita, muy bonita, muy joven, cuando apenas había cumplido dieciocho años, se casó. Su marido era también joven, apuesto, de posición acomodada. La quería mucho; vivía—afirmaba—sólo para ella.

Transcurrió algún tiempo, y ya pasada la luna de miel, el esposo de Julia X comenzó á lamentar que sus amores no tuvieran el fruto debido... A Julita, la idea de tener hijos la agradaba también; pero sin llegar á desesperarla el que así no ocurriera...



JULIA X.

Un día, al volver Julia y su marido de visitar á un matrimonio amigo, feliz con una nena rubia y un mocosuelo, morenucho y travieso, él estableció comparaciones y recriminó á Julia, culpándola de la inutilidad de aquella unión.

—Sí, sí; lo sé—decía—. Eres tú; tú, que no sirves.

Fué una escena violenta. Julia, llorando, huyó á acostarse, sin cenar. El, maldiciente,



—Señorita, ¿se abrocha usted ó me desabrocho yo.

se marchó á la calle y no volvió hasta el día siguiente.

Desde entonces, el marido de Julia acusó,

acusó, insistente y cruel, haciéndola dudar á ella... Y la duda de un momento se aferró y pensó entonces en comprobar su exactitud.

Sin amor, sin deseo, dejándose llevar «á ver», cayó un día en los brazos de un muchacho joven y calavera, que una mañana, al salir de misa de San Luis, la piropeó y la siguió luego... Y fué una vez, y otra y otra, siempre «á ver», «buscando», hasta que un día...

El marido, que había comenzado á sospechar, comprobó la traición. Y frío, insultante, cruel, la arrojó de su casa «por inútil y falsa».

—¿Qué podía hacer yo?—me vuelve á preguntar—. Si seguía estéril, me injuriaba y me despreciaba. Procurando tener una utilidad que me negaba, me sorprendió y me supuso lo que por instinto yo no era...

Julia calla un momento. Su rostro está pálido y pálidos sus labios, y casi perdida su mirada. Luego, haciendo una transición brusca, sus mejillas se colorean y sus ojos se alegran, y me dice:

—Esta es la explicación que tiene mi presencia en esta casa. Ha sido la fatalidad, y he de someterme, y sometida, olvidar y reír y alegrarme y disfrutar de mis veinticuatro años recién cumplidos... Soy libre, soy joven, soy... poco fea. ¿Será razonable que aún maldiga de mi destino? ¿No es verdad que no? ¿Quién sabe lo que me aguarda todavía!

Félix Recio.

EST. TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficina:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, II.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO!